

LOS NIÑOS PROHIBIDOS

De: Jesús González Dávila.

Primer Cuadro

EL PADRINO DE MENTIRAS

Personajes:

Un niño.
Un padrino.

La luz ilumina a un niño de 10 años. Franelas negras alrededor forman un espacio muy reducido.

NIÑO: ¿Quién se ha quedado adentro de un elevador cuando se va la luz?
(Pausa). Yo nunca. Pero desde esta mañana me siento así, como encerrado en un túnel oscuro. (Pausa). Bueno. Si yo pudiera alcanzar las estrellas me las colgaría aquí y acá. Así siempre habría luz por donde yo fuera. Y no andaría como ahora, tropezándome con todo. Me gustan las estrellas y me gustan las mentiras aunque digan que no. Antes, cada vez que yo decía una verdad, no faltaba quien dijera: ¡sht!, o me diera un pellizco disimulado. Luego, cuando me di cuenta de lo que sí les gustaba oír, pues lo decía; y a veces, hasta me daban un premio. Decir mentiras es como cuando juegas. Tú sabes que el juego es inventado, pero juegas a que es cierto aunque sea mentira. Y quien te ve no se enoja. “Es que está jugando el niño”, dicen. (Pausa). A mí me gustan las mentiras enteras, no las mentiras a medias. Las mentiras negras y no las mentiras blancas. Las de pan y las de azúcar, no las de mala leche. Porque las mentiras son para compartirlas, no tiene chiste guardarlas para uno solo.

Las franelas negras se desprenden de lo alto y caen para mostrar que el lugar es más amplio. Ahora hay un escritorio, libros y un hombre de traje y corbata.

PADRINO: (Al interfón). Señorita, no quiero que nadie me moleste, ¿entendido? ¿Y no sabe si dejé por ahí mis lentes? ¿No? Entonces, comuníqueme con el licenciado Torres. ¿Cómo que ya se va? Sí. Ya es hora... Hasta mañana. (Cierra la comunicación y revisa papeles sobre el escritorio) “...la tasa de interés se incrementó desproporcionadamente. Los rendimientos se reducen y la carga fiscal es más onerosa.”

NIÑO: (Se acerca con unos lentes en la mano). ¡Pst! ¡Pst! Padrino.. Padrino... ¿éstos son tus anteojos?

PADRINO: (Los toma sin ver al niño, mientras manipula una pequeña grabadora). ¡Lo que me faltaba Meto la grabación de la junta de accionistas, y la cinta se rompe. ¡Y... mis lentes... quebrados! (Levanta la vista y mira al niño frente a él). ¿Y tú? ¿Qué haces aquí? ¿A qué hora llegaste?

NIÑO: No me lo vas a creer, padrino, pero ¿sabes lo que me acaba de pasar cuando venía en el elevador?

PADRINO: ¿Cuál elevador?

NIÑO: El de aquí, de tu edificio. Cuando se cerraron las puertas comencé a oír una respiración detrás de mí. Pero el elevador venía vacío, ¿tú crees?

PADRINO: Lo que creo es que es otra de tus mentiras. Andale, , dime a qué viniste, y déjame en paz.

NIÑO: Para que no se me notara el susto, yo puse cara de elevador.

PADRINO: *(Deja sus papeles)*. ¿Cara de elevador?

NIÑO: Ya sabes. Con la vista fija en los numeritos de los pisos, que se prenden y se apagan, ¿no?

PADRINO: *(De nuevo en sus papeles)*. “...Si restamos la superficie de las áreas verdes, el número de lotes se reduce, pero las cifras no concuerdan...”

NIÑO: Fue entonces cuando miré para atrás, como no queriendo. Y que veo un señor ahí parado, haciendo un ruido con la boca; como cuando chupas entre los dientes para sacarte los hilos de la piña, o cuando comes caña y haces ‘cht – cht’. ¿Por qué me miras así, padrino?

PADRINO: Porque no me dejas trabajar. ¿Por qué no buscas algo útil que hacer? ¿O más bien, por qué no te vas?

NIÑO: *(Luego de un silencio)*. Padrino... Padrino...

PADRINO: *(Se resiste, pero acaba levantando la vista)*. ¿Y ahora, que?

NIÑO: ¿Por qué no me voy...? ¿A dónde...?

PADRINO: Pues, a tu casa, claro. Con tu mamá.

NIÑO: No puedo, padrino. No puedo irme de regreso. Estoy como en un túnel oscuro, donde sólo se puede ir para adelante, no para atrás. Desde que desperté en la mañana, padrino; es como si todo lo estuviera soñando, o inventando... *(Pausa)*. Yo venía contigo para algo importante, pero ya se me olvidó...

PADRINO: Mientras te acuerdas ¿por qué no te pones acomodar aquellos libros, eh? O mejor, amárrate esas agujetas y deja de inventar fantasías.

NIÑO: ¡Las agujetas, claro! ¿Te acuerdas cuando ibas con mamá? Me tomabas el tiempo con tu reloj, y si me amarraba las agujetas pronto, hacías un acto de magia y me sacabas un peso de la oreja. ¿Te acuerdas?

PADRINO: Me acuerdo. No había otra manera de librarme de ti. *(Al teléfono)*. ¿Licenciado Torres? Sí, sí, ya sé que es muy tarde. Pero es urgente; sobre el proyecto de mañana...

NIÑO: *(Lo jala del saco)*. Padrino. Padrino, ya me acordé.

PADRINO: *(Tapa el auricular)*. ¿Qué dices niño?

NIÑO: Ya me acordé a qué venía. A traerte un recado. Un mensaje, padrino.

PADRINO: *(De nuevo al teléfono)*. ¿Eh...? no, ¿cómo...? *(Muy confuso)*. Los lotes no concuerdan con... En la escritura... Muchas esquinas irregulares...

NIÑO: Cuando ibas por mamá y no entrabas y nada más le toabas el claxon; ella se ponía muy nerviosa. Comenzaba a regañarme por todo.

PADRINO: Tú te encargas de eso, Torres. Yo prefiero no ver al cliente, ¿okey? *(Cuelga)*. ¿Qué diablos decías de un recado, niño inútil?

NIÑO: *(Ausente)*. Mi mamá. Mi mamá me ama. Mi mamá. Mamá.

PADRINO: ¡Con un demonio, te estoy hablando! ¿Y qué pasó con esas agujetas?

NIÑO: Ya voy, padrino. Ya voy. *(Trata de atarlas sin éxito)*. Te decía, que el señor del elevador, cuando lo vi, él se rió conmigo.

PADRINO: ¿Dónde está la calculadora...? Tengo que restar otro porcentaje y...

NIÑO: Y cuando se rió, clarito le vi los dientes de arriba, que le salían largos, así de largos, como en la película que vimos con mi mamá, ¿te acuerdas? Pero ustedes no vieron lo mejor, cuando le clavan la estaca. Qué miedo. Qué miedo siento desde ahora en la mañana. Cuando el miedo se me viene encima, aprieto los ojos para que no se me meta en el cuerpo. Pero cerrar los ojos es como quedarse ciego, porque no ves nada. *(Pausa)*. Y de repente, que se abren las puertas del elevador, que abro los ojos y ya estaba aquí contigo. Adentro de un túnel forrado de franela negra, que dices tú que es tu oficina, pero que...

PADRINO: Basta, niño. Todo lo que dices no es real. La verdad es que estamos en mi oficina y que yo tengo mucho trabajo con estos números y...

NIÑO: *(Rápido)*. ¿Te gustan mucho los números?

PADRINO: Los números son más útiles que tú, por ejemplo... Y nunca mienten.

NIÑO: ¿Nunca, nunca? *(Pausa)*. ¿Ni cuando les conviene? *(Pausa)*. Y todos esos libros y papeles que tienes están llenos de números, digo de verdades? *(Se pasea por el lugar)*.

PADRINO: *(Solemne)*. Así es, muchacho. Los libros merecen todo nuestro respeto.

NIÑO: Ahí te dicen cuánto duró le Edad Media, en qué año descubrieron América y como cuántos metros mide el planeta, ¿verdad? *(Pausa)*. Por aquí, por una bolsa del pantalón debo traer el papel, el recado que te decía...

PADRINO: ¿Cómo? ¿Así que es cierto lo del mensaje?

NIÑO: Claro, padrino. ¿No te digo? Ni caso me haces.

PADRINO: ¿De quién es el recado? ¿Quién lo manda?

NIÑO: Pues quién ha de ser, mi mamá. ¿Quién más?

PADRINO: No entiendo. Me hubiera hablado por teléfono. ¿Cómo se le ocurre mandarte a ti con un papel?

NIÑO: Ella no me mandó padrino.

PADRINO: *(Desconcertado otra vez)*. ¿Ah, no? ¿Entonces...?

NIÑO: Encontré el recado y te lo traje. Lo encontré después de bañarme. Ah, ¿sabes qué? El otro día clarito vi un tiburón en la tina del baño. No era muy grande, pero si no me salgo de un brinco, yo creo que me come la pierna entera.

PADRINO: No comiences otra vez, niño. Me vas a hacer perder la paciencia.

NIÑO: Con la enfriada ya mero me enfermo. Las anginas se me pusieron como bolas de ping-pong, ¿quieres ver? ¿Por qué pones cara de enojado? Como mi mamá, ella también se pone mal cuando me enfermo y algo se le quiebra.

PADRINO: Tú eres de los que a propósito se enferman.

NIÑO: Es que si estás enfermo mamá te quiere más, te da dulces de miel y se queda a dormir contigo. *(Se queda pensativo, parece que fuera a llorar)*. ¡Mira, padrino! ¡Encontré el papelito con el recado!

PADRINO: *(Lo mira incrédulo. Luego grita)*. ¡Dámelo de una vez! *(El niño tarta de amarrarse las agujetas)*. ¡Olvida esas agujetas y dame eso, con un demonio!

NIÑO: Ay, padrino. Cuando te pones así te pareces al vampiro del elevador. *(El hombre trata de cogerlo por el cuello. El niño lo evita ágilmente)*. No te enojés, padrino... Acuérdate como te queremos en la casa. Mamá te ha extrañado mucho. ¿Por qué ya no has ido a verla?

PADRINO: ¡Dame ese papel, o te lo quito a patadas, maldito!

NIÑO: Sí, padrino. No grites. El recado. ¿No te digo? Apenas me acuerdo de algo, enseguida se me olvida.

PADRINO: *(Frenético)*. ¡Dámelo! ¡Dámelo antes que te rompa la boca!

NIÑO: *(Se lleva la mano a la boca, instintivamente)*. ¡No! Por favor, no me pegues en la boca. Mejor... Mejor te lo leo. Y ya verás que ahora leo más aprisa... *(Leyendo)*. Y dice: “querido mío...” Lo dice por ti, ¿verdad? Porque mi mamá siempre ye ha querido mucho padrino. ¿Tú no? ¿Por eso dejaste de ir a la casa, o...?

PADRINO: *(Lo persigue sin éxito)*. ¡Si te agarro, soy capaz de matarte, desgraciado!

NIÑO: No, por favor. No me vayas a matar, padrino. Oye. *(Sigue leyendo)*. “Querido mío: espero que comprendas que es mejor así y no de otro modo”. ¿Qué quiere decir eso? Te digo que no entiendo nada... *(El otro le tira un pesado libro que se estrella contra el sillón del fondo)*. ¿Estás jugando conmigo, padrino? Con los libros no se juega.

PADRINO: *(Corre tras el niño. Chocan, caen, se levantan, corren de nuevo)*. ¡Te romperé la boca! ¡Te cortaré la lengua!

NIÑO: No... La misión de un padrino es proteger y ayudar al ahijado cuando los padres faltan, ¿a poco no? *(Finalmente el hombre lo alcanza. Lo sacude con violencia. Le quita el papel y arroja al niño lejos de sí).*

PADRINO: *(Trata de leer).* ¡Maldita sea! ¡Sin mis lentes no veo bien!

NIÑO: *(Se incorpora dolorido).* Como si te hubieras quedado un poquito ciego, padrino. Y cuando hablas con un ciego, no puedes decirle: “Mira por la ventana, qué lindo jardín de rosas”. Pues, cómo, si está ciego no ve nada. Entonces tú tienes que ir diciéndole lo que es una ventana, un jardín, una flor, y todo poquito a poco, ¿no, padrino?

PADRINO: Debí suponerlo. Era otra de tus estúpidas fantasías. Aquí sólo dice: “adiós”.

NIÑO: Bueno, eso quiere decir muchas cosas, ¿no? Es una despedida... Es que mi mamá...

PADRINO: Tu madre es una inconsciente, tan idiota como tú.

NIÑO: Eso sí. Mi mamá y yo nos parecemos mucho; somos igualitos y más cuando nos da miedo. El miedo es tan fuerte que tenemos que ponernos a contar un cuento para pensar en otra cosa. Pero ahora, pues, mi mamá ya no está.

PADRINO: ¿Qué nueva mentira estás inventando? *(Va al teléfono).* Llamaré a tu madre para que venga por ti.

NIÑO: ¿Tú sabes a dónde se van los que se mueren padrino? ¿Es como volverse loco o que te vas a otra parte? ¿Será cierto que luego vuelven a nacer...? *(El hombre cuelga el teléfono sin tener respuesta).* ¿Para qué llamas? Te digo que en la casa ya no hay nadie.

PADRINO: *(Lo sacude).* ¡Basta! ¡Basta! ¡Eres un embustero; no puedes distinguir ya lo que es una verdad real y todo lo enredas!

NIÑO: *(Para sí mismo).* Si las cosas ya están enredadas de por sí... Una ambulancia se llevó a mamá esta mañana; la sacaron en una camilla, con la cara tapada. Yo quería distinguir si era la mamá de otro niño o era la mía, pero, en la casa ya no hay nadie. *(Pausa).*

PADRINO: *(Lo toma del brazo).* ¡Deja de mover la lengua, maldito mentiroso!

NIÑO: Y grité: “¡mamá! ¡mamá!, por todos los cuartos, y en la casa ya no hay nadie. Y me senté en el piso, junto a la puerta, y esperé un rato largo. Y luego volví a buscar, pero sólo encontré ese papelito. Si mamá estuviera viva diría: “¡hola”, pero dice: “adiós”. Por eso vine contigo, padrino.

PADRINO: *(Le tuerce el brazo con fuerza).* ¡Está será la última mentira que digas!

NIÑO: ¡Ay, por favor! ¡Vine contigo porque, si ya no está mi mamá, tú eres el único que conozco!

PADRINO: ¡Deberías traer en la espalda un letrero de: “Soy el mentiroso más grande de la tierra y apenas tengo diez años. Precaución!”

NIÑO: ¿Tú crees que el vampiro del elevador me mordió y ahora yo estoy infectado? No, padrino. Te juro que soy inofensivo. Sólo estaba jugando... *(El hombre le ata las manos a la espalda y con una tela negra le tapa los ojos al niño).*

PADRINO: ¿Así que sólo estabas jugando, eh? ¡Pues ahora sí que vamos a jugar! ¿Te acuerdas de la gallina ciega?

NIÑO: ¡No veo nada! Como si estuviera en un túnel oscuro, sin estrellas, sin una sola luz. ¡No veo!

PADRINO: ¡De eso se trata! ¡De que no veas, hijito...! *(Ríe demencial).*

NIÑO: ¡Como cuando era bebé, que lloraba en la noche! Y una mano me empujó y me empujó hasta que me caí de la cama.. “Todos los bebés se caen alguna vez”, dijiste tú. Y yo seguí llorando en el piso, mientras tú y mamá brincaban en la cama divertidos... hasta que me dormí, solo, asustado y ciego.

PADRINO: *(Ha despejado de muebles un amplio espacio en la escena y hace que el niño camine en círculos).* ¡A la gallina ciega, vamos a jugar! ¡A ver a quién encontramos en este corral!

NIÑO: ¡El susto me duraba todo el día! ¡No comía! ¡Me sangraba la nariz! Y tú: “es anemia”. ¿Qué era eso de la anemia, padrino? Era puro susto contigo que me hacías tomar una medicina espesa que me revolvía el estómago. No me des tantas vueltas, porque me mareo...

PADRINO: *(Fuera de sí).* ¡Andele! ¡No sea gallina y juéguele a la gallina!

NIÑO: Hasta que me hacías vomitar, y luego me dabas de cachetadas, embarrándome en la cara la medicina, la sangre y los mocos. Y mamá, *(Sollozante)* mi mamá, con sus ojitos redondos y mojados, sin decir casi nada, porque te quería, padrino. De veras te quería. ¡Ay! ¡Vueltas y vueltas! ¡Hasta que chocaba con los muebles o con tu mano cerrada que me daba un golpe! ¡No quiero jugar, padrino! ¡No!

PADRINO: *(Canturrea).* ¡Este es el juego de los que tienen miedo! ¡De los que son gallinas y no pueden ser hombres!

NIÑO: ¡Padrino! ¡Padrinito de mentiras! ¡Dame la mano que me caigo! ¡Ay...! ¡Vuelvo a sentir como cuando todavía no nacía, pero ya sentía los dolores y los golpes! *(Gritando).* ¡Mamá! ¡Estoy ciego, en un túnel oscuro, en una bolsa de agua espesa! ¡Mamá! ¿Quién me pegó antes de que naciera? Porque primero no querían y al último sí quisieron que naciera; pero ya me habían herido muchas veces... ¡Mamá! ¡Cómo duele! ¡No los dejes! ¡Me van a matar! ¡Ven a ayudarme, mamá...!

(El niño tropieza con el hombre y lo muerde en una mano. El otro le da una fuerte bofetada que lo derrumba sin sentido).

PADRINO: *(Frenético). ¡Me mordiste, maldito! ¡Pero el que perdió fuiste tú, porque el que llora, pierde! (Va al teléfono que suena desde hace rato. Contesta aún jadeante) ¡Ah, licenciado Torres! Qué bueno que llamaste. No. No es muy tarde. Te estaba esperando. ¿Yo? Estoy bien. Aquí, jugando con mi ahijado. Ya sabes cómo son los niños, nunca se cansan de jugar. ¿Ya tienes las nuevas cantidades? Qué bueno. Tú me dictas y yo apunto... La luz comienza a bajar. Se oyen sollozos aislados del niño. Hasta el silencio y el oscuro.*

SEGUNDO CUADRO

UNA NIÑA MALA Y UN EMPLEADO MUY OCUPADO

PERSONAJES:

Una niña.
Serafín.

El cuarto de una niña, con decoraciones infantiles algo descuidadas. Cuadros ladeados. Ropa amontonada sobre la cama. Una ventana da al jardín y se puede ver que es de noche. Una puerta grande va hacia el resto de la casa.

Al centro hay una mesa pequeña. Al encenderse las luces vemos una niña, tiene alrededor de doce años. Deambula por el cuarto. Sólo habrá la luz de la luna que entra por la ventana; y la de una pequeña lamparita de buró.

La niña se sienta en la silla que está cerca de la mesita, donde hay un plato de sopa.

NIÑA: Niña mala, niña mala, que no quiere obedecer... Lo que pasa es que no sabe, que algo feo le pudiera suceder... Niña mala, niña mala... Es lo único que oigo a todas horas. *(Pausa)*. Como no me gusta la sopa, entonces me tengo que quedar aquí sentada, horas y horas, hasta que me la tome... Pero no me la tomo. Y luego me da sueño y me quedo dormida frente al plato de sopa, pero no me la tomo... Ah, sueño con chapulines o platico con mi pelota de lunares morados... A ver, pelotita pinta, ¿por qué no me tomo la sopa? ¿Lo sabes tú...? *(Finge la voz, como si la pelota contestara)*. “...porque te pondrías muy panzona, tan panzona, tan panzona como yo...” *(Con voz normal)*. Pero una pelota y una niña no son dos cosas iguales. Aunque sean amigas. Aunque las dos sean de hule. *(Pausa)*. Antes me decían: “Ya, no comas tan aprisa, no te están correteando...”; y entonces yo tenía que esperarme y comer despacio. Luego me decían: “No dejes nada en el plato. Acábatelo todo. La comida no se desperdicia...” *(Pausa)*. Niña mala, niña mala... si sigues portándote mal, un día te van a matar. Ya son tantas las tardes que me paso frente a un plato de sopa; mirando cómo nadan las letras de harina; cómo forman palabras que flotan entre las bolitas de grasa de la sopa fría. *(Mira a la ventana)*. Allá afuera, alguna planta debe tener hambre. Le va a gustar comer hoy sopa de letras...

Se levanta, camina a la ventana y va a tirar la sopa en el jardín. En ese momento se abre la puerta. Aparece un hombre de 40 años, traje y corbata.

SERAFÍN: ¡Ya te vi! ¡Ya te vi lo que ibas a hacer!
NIÑA: Abriste la puerta. Qué bueno.

SERAFÍN: Pero, ¿qué te has creído tú?
NIÑA: ¿Yo...? Nada...
SERAFÍN: Eso es. No eres nada. No eres nadie para querer salirte siempre con la tuya, niña mala.
NIÑA: Ya no me digas así.
SERAFÍN: Mira: tú te tomas la sopa, y yo no te digo, como no te gusta que te digan, ¿eh?
NIÑA: ¿Así que tengo que tomarme esa sopa que no me gusta, sólo porque estás enojado?
SERAFÍN: Pero, ¿cómo no me voy a enojar si sigues dejando entrar a todos los animalejos de allá afuera? Otra vez encontré cucarachas en el pan.
NIÑA: Yo no las pongo ahí.
SERAFÍN: ¡No digas mentiras, que no las puedo tolerar!
NIÑA: ¡Ellas buscan azúcar y encuentran el pan!
SERAFÍN: ¡Mira! ¡Ahí va otro grillo saltando sobre la mesa!
NIÑA: No son grillos. Son chapulines.
SERAFÍN: ¡Y la ventana! ¡Abierta como siempre!
NIÑA: Son chapulines de Coyoacán. Son de buena suerte. *(Ella entorna la ventana, mientras SERAFÍN trata de matar al animal con un periódico)*. Son chapulines color mandarina, con las piernas azules y la panza amarilla. Son amigos. Ay, mira papá. Lo dejaste embarrado sobre la colcha.
SERAFÍN: ¡Anda tú! ¡No te quedes ahí, con la boca abierta! ¡Rápido, trae algo con qué limpiar ahí! *(Ella no se mueve)*. ¡Que cierres la boca, te digo!
NIÑA: Es que, te respeto y te admiro tanto, papá... que la boca se me abre sola, sin darme cuenta.
SERAFÍN: *(Masticando las palabras)*. Quisiera poder... ah, cómo quisiera poder desaparecerte de mi vista.
NIÑA: *(Luego de una pausa)*. Puedo hacerme invisible si quieres. Sólo cierras los ojos y ya no estoy.
SERAFÍN: *(Va ala puerta)*. No. Mejor me voy, cierro la puerta y ya no estás.
NIÑA: No. Papá... No me encierres otra vez.
SERAFÍN: Claro que sí. Hasta que te tomes esa sopa.
NIÑA: Mira: si quieres brinco como pelota; o salto como chapulín, o me muevo como perrito, o me quedo quieta y callada como muñeca. Pero si me dejas aquí... voy a llorar.
SERAFÍN: Como quieras, Sólo acuérdate de que... “El que llora, pierde”. *(Sale dando un portazo)*.

NIÑA: *(Al verse sola de nuevo)*. Eso sí. Llorar no sirve de nada. Las lágrimas no destapan las orejas ni hacen corazones blanditos. Las lágrimas no abren puertas... No. No voy a llorar. *(Golpea la puerta)*. ¡Ábreme, papá!
¡Déjame salir, papá...!

VOZ-SERAFÍN: ¡Que se calle esa niña! ¡Que le tapen la boca! ¡Que le corten la lengua!
¡Está castigada!
(Se enciende una luz para crear una nueva área al otro lado de la puerta. SERAFÍN habla con personajes que no se ven).

SERAFÍN: Bienvenidos, compadritos. Bienvenidos. Vamos a brindar por la dicha de estos días tan especiales. Ustedes ya saben que soy un empleado muy ocupado, pero siempre en estas fechas me pongo sentimental. Las musiquitas navideñas me conmueven como a un chiquillo, sin poderlo evitar. Salud, compadritos. Porque, eso sí. Como dicen que dice el que dijo: “no hay apuro que se ponga duro, cuando se tiene cerca el apoyo seguro de un compadrito maduro”. Salud, salud a todos.

NIÑA: *(A su pelota)*. ¿Ves, pelotita pinta? A mí me quiere matar por un chapulín; pero él deja entrar a cuanto borracho encuentra en la calle. *(Grita para que el otro oiga)*. ¡Ya, papá! ¡Bien sabes que no hay nadie en la casa más que tú y yo...!

SERAFÍN: *(La ignora)*. Los compadres han venido a traerme regalos; ya te imaginarás: calcetines, pañuelos y alguna corbata... Pero, ni un solo portafolios. Y cómo necesito un nuevo portafolios. Mi real y verdadero compañero de todos los días. Donde guardo los papeles importantes, los documentos necesarios, las actas confidenciales, las firmas comprometedoras, los proyectos decisivos. Soy un empleado muy ocupado, y sin un buena portafolios, ay, compadritos, ¿qué sería de mí?

NIÑA: *(A la pelota)*. A veces trato de portarme como pienso que a él le gustaría; pero siempre hay algo que no sale y todo se echa a perder. Me caigo en un charco y me ensucio la ropa; me tiro una carcajada y me castigan en la escuela; me enfermo de calentura y vomito la sopa. Total, el enojo de papá se destapa y llena toda la casa... Es cuando pienso que puede matarme y de veras siento miedo.

SERAFÍN: Levantemos los vasos, compadritos y brindemos. Por ésta y por todas la navidades que nos queden por delante.

NIÑA: Es lo malo de haber nacido en diciembre. Todos festejan la Navidad y nadie se acuerda de mi cumpleaños.

SERAFÍN: ¡Y vaya regalo que recibí aquella Navidad! Hace muchos años, ustedes estaban aquí, cuando me trajeron aquella gran caja envuelta en papel celofán.

NIÑA: Como piel transparente de jirafa, decías.

SERAFÍN: Y dentro venía el regalo: ¡Una muñeca! Pero, compadritos, yo con tantas ocupaciones y compromisos, ¿a qué horas iba a atenderla? Me quedé nada más mirándola. Qué broma tan pesada y en plena Navidad. Me la mandó una amiga ocasional. De esas amigas que conoces en una borrachera y ni te vuelves a acordar. Hasta que te manda un regalito, ustedes entienden, compadres, muy inesperado. Salud.

NIÑA: Ay, pelotita morada... Yo digo que al principio él sí me quería, pero no tenía tiempo para canciones de cuna, ni besitos por la noche. Así que de pañales y mamilas se ocupaban sirvientas de entrada por salida. Es que, él siempre ha sido un empleado muy ocupado.

SERAFÍN: (Medio borracho). ¡Llévense esa muñeca donde no estorbe ni moleste! Enciérrenla en el ropero o donde sea, pero que no la oiga llorar. Trabajo muy duro todo el día y necesito descanso cuando llego a casa. (Pausa). Los niños son bestiecillas muy hábiles que acaban con la adrenalina de toda la familia. Son demonios sin freno que se adueñan de los baños y de las cocinas a la menor oportunidad... Y no entienden. Los niños nunca entienden. ¿Cómo voy a malgastar mi poco tiempo libre amaestrando un ser irracional? Yo tengo mi vida privada, mis compadres, mis... ¿O es que un adulto no tiene derechos ya?

NIÑA: A veces, una pelota puede parecer una luna. O al revés. La luna se mete en el cuarto y rebota por todas partes.

SERAFÍN: Si hay algo que no puedo resistir, compadritos, es estar frente a un vaso vacío. Así que, a llenar las copas y brindar de nuevo. Salud.

NIÑA: (*A la pelota*). ¿Sabes que me gustan las inyecciones? Son como un hilo finito que se te mete en la carne. Luego, al entrar el líquido se siente, ay, ay, un calorcito que arde y me hace sudar de tanto que me gusta. ¿Quieres que te inyecte, pelotita morada? No, tienes miedo de desinflarte, ¿verdad? (Pausa). Me acuerdo que cuando me enfermaba, él pedía permiso en el trabajo para quedarse a cuidar a su muñequita. Y me inyectaba. Y me inyectaba, una y otra vez. Me daba tantas medicinas que me mareaba, y soñaba despierta en que la luna reventaba en mil pelotas, como globos de colores. Recuerdo a mi papá sentado junto a mí. Y no sé si lo más quería era que me aliviara o que me muriera de una vez.

SERAFÍN: Mientras yo me hacía garras entre tantas responsabilidades para destacar en mi trabajo, la muñequita que ustedes conocieron aquella Navidad fue creciendo, creciendo. Y un día descubrió que a todo puedes obligar a un niño, menos a comer. Fue entonces cuando comenzó a querer hacer su voluntad.

NIÑA: Y fue cuando comenzaron las tardes largas y aburridas frente a los platos de sopa de poro y papa, de garbanzo, de estrellitas, de zancudos, de chapulines, de cucarachas color marrón.

SERAFÍN: *(Canturrea)*. Salud otra vez, compadres... Porque ustedes y yo somos idénticos. Profesamos la misma mística. Dar a la empresa nuestro máximo. Creciendo para un futuro próspero. Hip.

NIÑA: Papá... Ábreme, por favor. El cuarto se me está haciendo cada vez más chiquito. Pronto ya no voy a caber adentro.

SERAFÍN: Eso te pasa por leer Alicia en el país de las quién sabe qué... Acábate la sopa y abro la puerta, ya sabes.

NIÑA: *(De pie ante un espejo de cuerpo entero)*. Ojalá fuera cierto y no cuento, eso de Alicia... ¿De veras seré tan mala? En la cara no se me nota. ¿Qué pensarán de mí los chapulines? Se asustaron y se fueron por la ventana. *(Riendo)*. Sólo se quedó conmigo ése, que le gusta pararse en el espejo, para estarse mirando la panza... *(Va a la ventana que da al jardín)* Allá arriba la luna se va rodando como bolita de alcanforina. A veces es roja, a veces morada. ¿Quién dijo que las niñas grandes no lloran? *(Contiene el llanto)*. Si siempre saqué primer lugar en toda la primaria, ¿eso no cuenta? Mucho respeto a la familia y a la bandera. Pero, ¿y mi miedo a lo oscuro? ¿Y mi asco por la sopa? ¿Y el terror cuando estoy encerrada? ¿Cómo hacerle para quitarme todo eso? O a lo mejor son cosas que todos sienten, pero no saben qué decir y se lo callan. *(Por la ventana entra una luz más intensa)*. Cuando me doy cuenta de cosas, siento que la luna se mete por los ojos y me llena el pecho. Me siento fuerte. Siento que no soy mala, nadie lo es de veras. El planeta no podría ser bonito si estuviera dividido en buenos y malos, así, nada más. *(Camina con mucha seguridad hacia la puerta. La empuja)*. Ahora soy fuerte porque sé que somos iguales todos, y puedo abrir la puerta que sea. *(Una suave presión de la niña y la puerta se abre)*.

SERAFÍN: *(Se sorprende)*. ¿Qué estás haciendo? Regresa a tu cuarto.

NIÑA: Ya no quepo allá adentro.

SERAFÍN: Obedéceme, niña mala. Soy tu padre.

NIÑA: Eso sí. Un papá compra ropa, paga la escuela, pero yo necesito más cosas.

SERAFÍN: Te vas a tu cuarto. Es una orden.

NIÑA: *(Camina lentamente hacia él)*. ¿Cómo si fuera una muñequita de cuerda, así, nada más?

SERAFÍN: Te vas a arrepentir por hacerme enojar así.

NIÑA: No me digas que vas a tratar de matarme, papá. ¿Cómo le harías, si una muñeca no se puede morir? *(Elle ríe y en su risa hay algo mecánico)*. A lo

mejor una vez sí era un muñeca. Pero fue hace más de doce años, cuando me pusieron en una caja y me trajeron contigo por error. Ahora he crecido y tú no quieres darte cuenta.

SERAFÍN: Sólo quieres enredarme, malvada.

NIÑA: Pero, ¿quién te dijo que las niñas no piensan...? Cada vez que yo pienso, tú me dices que soy mala. ¿Por qué? *(Se acerca más a SERAFÍN)*.

SERAFÍN: No te acerques más. No soporto tus ojos de vidrio y tus pestañas de alambre. ¡No te quiero ver!

NIÑA: No. No se vale decir “ya no juego”. No puedes renunciar a ser papá, ni decir “mejor cambio de canal”. Estoy aquí, contigo, y tienes que verme como soy, cómo voy creciendo. Mírame bien. Ya no me puedes meter en una caja de cartón, ni en un ropero con llave.

SERAFÍN: *(Retrocede un poco)*. ¡Atrás, muñeca! ¡No me gusta cómo estás jugando!

NIÑA: Tampoco puedes encerrarme en mi cuarto. La luna me ayudo a abrir la puerta y me he dado cuenta de lo fuerte que soy. *(Da un paso más hacia él)*.

SERAFÍN: ¡No te acerques, porque no te quiero...! *(Ella extiende los brazos hacia él, tratando de tocarlo)*.

NIÑA: Ya lo sé, pero no puedes sacarme la vuelta haciéndote el enojado.

SERAFÍN: *(Retrocede con miedo)*. ¡Basta ya! ¡Silencio! *(Haciendo un esfuerzo por verla de frente)*. Si hasta ahora fuiste tratada como muñeca consentida, desde hoy pierdes todos tus derechos en esta casa, en esta familia.

NIÑA. Eso quisiera. Perderlo todo de ti... Librame de tus palabras que me han aterrado tantos años... con la idea de que soy la niña más mala de todas las niñas.

SERAFÍN: Lo pierdes todo. No volverás a caminar en estos cuartos. Ni a tomar sopa de mis platos. Ni a festejar aquí las Navidades. Ni... ni... Ya no serás beneficiada de mis seguros de vida. Pierdes los privilegios de una hija de familia. Porque, entiéndelo muy bien, si no te gustan mis condiciones, no te gusto yo...

NIÑA: ¡Eso es! Tú lo dijiste, no me gustas tú. No me gustas tú. No me gusta ni tu apellido. No me gustan tus manos, que me apretaron sin ternura tantas veces. Ni el olor rancio de tu ropa. Ni las lociones que te pones porque te las regalan. No me gusta que me digas “te-lo-di-je”. *(Ella parece crecer en estatura a medida que habla. El ha quedado paralizado)*. Eres un empleado muy ocupado, claro que sí... Y cuando te jubiles, nadie vendrá a decirte: ¿cómo te va? ¿cómo te sientes? *(Se mueve como una muñeca mecánica, terrible)*. ¡Sólo serás una mancha como el chapulín que aplastaste en mi cuarto!

SERAFIN: *(Tembloroso)*. Por favor... Obedéceme... ¿sí?

NIÑA: *(Pausa tensa. Se aleja de él, lo mira a distancia)*. No me gustabas porque no te entendía. Ahora que te dije lo que pienso, te miro distinto. *(Camina a su alrededor)*. A lo mejor no tienes tanta culpa. Tal vez mi mamá me metió en una caja y me mandó contigo con una tarjetita de Navidad. Y tú no supiste qué hacer con el paquete. *(Sonríe)*. Ay, papá. Nunca seguiste las reglas de ningún juego, porque no sabes jugar. Sólo te gusta el juego cuando vas ganando; pero tienes que reconocer que esta vez sí pierdes.

SERAFIN: *(Recuperándose)*. No, muñequita. Te equivocas. Yo gano, porque tengo la experiencia que te falta.

NIÑA: Date cuenta, Serafin. No ganas porque no has descubierto nada, y yo sí. No soy una muñeca. No soy mala. Soy simplemente una niña.

SERAFIN: ¿Con que eres una niña? Pues yo salgo ganando, porque cuando tú vas, yo como adulto ya vengo de regreso.

NIÑA: ¿Lo ves? La que gana soy yo, porque nació después que tú.

SERAFIN: ¡No me importa lo que pienses! ¡Gano porque gano! ¡Gano porque no te oigo! *(Se tapa las orejas)*. ¡No te oigo nada! *(Se encoge sobre sí mismo)*.

NIÑA: *(Que parece crecer aún más)*. Bueno. Voy a buscar un lugar donde no regañen a las niñas malas por ser como son. Y si los chapulines te preguntan, diles que me fui con la luz, rumbo a la luna... o alguna tontería de ésas. Un cuento cualquiera que se te ocurra.

Ella se va. La luz se apaga sobre SERAFIN. Oscuro.

TERCER CUADRO

INOCENTE... PARA SIEMPRE

PERSONAJES:

El Nene, de nueve años.

El Plomero, de veinte años.

El Papá, de treinta y cinco años.

*Por la tarde, en el comedor de la casa.
Muebles pesados, de madera tallada; sobre uno de ellos destaca un viejo
televisor descompuesto.
Junto al aparato, el Nene juega. Imita a un narrador televisivo que
describe el vuelo de una nave espacial. De pronto, ocurre un desperfecto
en la nave de plástico. Luego de dictar órdenes de emergencia, que
resultan inútiles, los tripulantes se lanzan fuera de la nave y despliegan
insólitos paracaídas. En un momento dado el Nene interrumpe su juego,
descubre una caja de metal en el rincón; levanta la tapa y curioseosa en su
interior.
De la cocina llega el Plomero.
Se miran en silencio.*

PLOMERO: *(Sonríe).* Hola. *(Pausa).*
NENE: ¿Tú eres el nuevo plomero...?
PLOMERO: Y tú eres el nene de la casa.
NENE: No. No soy nene. Ya soy más grande que antes. Aunque todavía no cumpo los... *(Cuenta sus dedos).*
PLOMERO: Busco mi caja de herramientas, ¿no la viste?
NENE: ¿Es ésta...? No sabía que era tuya. Cuánto cargas aquí, ¿para qué quieres tanto fierro?
PLOMERO: *(Saca alguna herramienta).* Para componer lo que se descompone. Para apretar lo que se afloja. Y para hacer cosas nuevas también. *(Acaricia la herramienta).* Muchas cosas. *(Se sienta sobre la caja).* El cuerpo también es como una herramienta, ¿no te han dicho?
NENE: A poco el cuerpo es como un desarmador...
PLOMERO: Más o menos, algo así. Una herramienta que debemos usar bien; que debemos cuidar.
NENE: ¿Sí? *(Se sienta en sus rodillas).* ¿La gente es como una cosa de éstas?
PLOMERO: Cada cuerpo es una herramienta distinta. Aunque la de los hombres es de una forma, y la de las niñas de otra; más suavcita, más delicada, que se debe cuidar para que no se lastime.
NENE: Eso sí... Cuando mamá vivía con nosotros. Así le decía a mi papá: no me lastimes, por favor, no me lastimes... Me acuerdo.
PLOMERO: Por que la herramienta del hombre es dura, es fuerte. Hay que conocerla bien, y cuidarla.
NENE: Así que... todos tenemos herramienta...

PLOMERO: Sí.
NENE: No, yo no. *(Pausa)*. Yo no soy plomero.
PLOMERO: Sí. Aquí la tienes, entre las piernas. *(Pausa)*. Pero, como estás tiernito, pues es chiquita todavía. *(Un silencio)*.
NENE: ¿Cuándo sea grande... me va a crecer?
PLOMERO: Ajá, claro que sí. *(Mete su mano entre las piernas del NENE)*. Según vas creciendo, también te va creciendo la herramienta. *(Un silencio)*.
NENE: ¿Y a ti...? Ya te creció...
PLOMERO: Sí, nene. Ya me creció... *(Pausa)*. Tócale aquí. *(Pausa)*. ¿Sientes?
NENE: *(Apenas)*...no.
PLOMERO: La herramienta nos crece y se pone fuerte, para que no se nos olvide que somos hombres. Toca. *(Pausa)*. ¿Sientes cómo va poniéndose dura?
¿Sientes cómo va creciéndome entre las piernas?
NENE: *(Apenas)*...sí.
PLOMERO: Toca. Tócale así. *(El NENE obedece)*. Es bueno conocer la herramienta; así será la tuya después. *(Pausa)*. Así, sin apretar mucho. *(Pausa)*. Apretando un poquito, así. Acércate más. Andale. *(El NENE está de rodillas, con sus manos en la bragueta del PLOMERO)*. Así, nene. Con tus manitas; suavcito así. *(De repente, se oye un ruido fuera de escena. El PLOMERO se retira y se cierra la bragueta precipitadamente. Entra el PAPA)*.
PAPA: *(Al PLOMERO)*. Y usted, ¿qué? ¿No que ya se iba?
PLOMERO: ¡No, señor! Digo... ¡Sí, señor!
PAPA: ¿Entonces, qué espera?
PLOMERO: Es que, no encontraba mi... caja de herramientas.
PAPA: Y qué, ¿no es ésa?
PLOMERO: No, señor... Digo, sí. Esta es.
PAPA: ¿Qué pasa con usted, amigo...?
PLOMERO: nada, señor... Es que, como el nene la traía jugando, yo... Pero, ya me iba, señor... Quiero decir, ya me voy. Digo, con su permiso.

(El PLOMERO sale de escena. El PAPA observa al NENE, quien permanece en el piso, jugando con su dedo en la boca. Luego va al mueble del comedor y saca del cajón un revólver. Llega hasta el NENE y le mete en la boca el cañón de la pistola).

PAPA: ¡Oyeme bien, cabrón; porque solamente te lo voy a decir una vez! ¡El día que yo sepa que un hijo mío es puto, le pego un balazo! ¿Entendiste, gallina? ¡Si tengo un hijo maricón, lo mato!

OSCURO

CUARTO CUADRO

UNA NIÑA SE COLUMPIABA

PERSONAJES:

Una niña
Angelina

La luz se recorta sobre una niña que se mece en un columpio.

NIÑA: Un chiste. Es un chiste. Esto es como un chiste que a unos se lo cuentan mal y no lo entienden. Y a otros se lo cuentan bien y se atacan de la risa. Un chiste. Un juego. La cosa es conocer las reglas. Pero a veces los que nos enseñan las reglas se aprovechan de los que no sabemos, para salir ganando ellos. *(Una pausa)*. Cuando yo era más chiquita, lloraba tanto que me daba un espasmo y me desmayaba. Hasta que con una nalgada volvía respirar. Luego me dejan en la cuna; y ahí me quedaba, bien quieta, oyendo cantar un pajarito que había en el corredor. Me quedaba sin mover nada, ni las pestañas, ni la lengua; conteniendo la respiración hasta sentir que me iba, me iba, sin peso. Como si fuera humo flotando por el cuarto hasta llegar al techo. Nadie se daba cuenta. Al rato, volvía a respirar y poco a poco me regresaba el calor al cuerpo. *(Pausa)*. Pienso que aquel pajarito cantaba de contento, aunque estuviera encerrado, porque la jaula no le importaba para nada. Me gustaba oír cantar a los pajaritos; pero en un lugar como éste, quién va a poder encontrarse un pajarito, ¿verdad?

Se oye el trino de un canario. El lugar se ilumina para mostrar un cuarto de paredes blancas, una cama, un columpio y muñecas de trapo en desorden. ANGELINA, de 20 años, está recargada sobre la única puerta que hay en la pieza.

ANGELINA: ¿Qué pasó contigo? ¿Todavía sin ponerte la pijama?
NIÑA: *(Bajándose del columpio)*. Ya voy, señorita Angelina.
ANGELINA: Aprisa, niña. A poner tu cuarto en orden y a la cama.
NIÑA: *(Recoge algunas muñecas)*. Yo creía que ya no iba a venir señorita.
ANGELINA: Ya mero no venía. Se me rompió un tacón y no hallaba dónde me lo arreglaran. Uy, pero si se enteran que falté, mañana me reemplazan por otra; estoy advertida. ¿Ya merendaste?
NIÑA: Sí. Pero en mi bolsita tengo galletas, ¿quiere?
ANGELINA: ¿Cómo se te ocurre, tonta? Son puros carbohidratos, y con lo pasada de peso que estoy. Oye, tienes algunas muñecas nuevas, ¿verdad? ¿Cuántas son ya?
NIÑA: Más de cien o más de diez. No las he contado. ¿Usted cuenta la gente que va por la calle?
ANGELINA: No es lo mismo, tontita. Pero, mira. Ésta ya se rompió.
NIÑA: Cuando se portan mal hay que pegarles, ¿no? Otras están castigadas debajo de la cama.

ANGELINA: Bueno. Recoge también esos plumones y crayolas.
NIÑA: ¿A usted le gustan las muñecas, señorita Angelina?
ANGELINA: *(Mientras arregla la cama)*. Claro que sí, preciosura...
NIÑA: Pero usted ya no es una niña.
ANGELINA: Claro que no, tonta.
NIÑA: No me gusta que me diga así.
ANGELINA: Que te diga cómo... ¿preciosura?
NIÑA: Si no quiere no me conteste, pero no me diga tonta.
ANGELINA: Ay, pero si sólo es una forma de hablar, tontita. ¿Ves? Es de cariño *(sonríe forzada)*.
NIÑA: Piensa que estoy tonta; pero, ¿cómo se puede aprender a hacer las cosas bien cuando le amarran a una las manos?
ANGELINA: *(Se acerca, la niña la evita)*. No seas tonta, este... Aquí no le amarran las manos a nadie.
NIÑA: Pues yo me siento como amarrada *(y arroja contra la pared una muñeca)*.
ANGELINA: *(Enérgica)*. Oye, berrinches conmigo, no. Recoge esa muñeca y ven para que te dé tu medicina.
NIÑA: *(Titubea, luego va y recoge la muñeca)*. Medicina para dormir, para que se me quite el coraje, para que me porte bien. Señó: yo no sé ni para qué vine.
ANGELINA: *(Trata de ser paciente)*. Mira, niña: éste es tu cuarto. Con tu camita, tu columpio y los juguetes que te gustan. ¿Qué más quieres?
NIÑA: ¿A poco usted no quisiera estar en otra parte?
ANGELINA: ¡A la cama!
NIÑA: En la cama me aburro más.
ANGELINA: Te falta tu medicina. *(Que la niña rechaza)*. Aquí no mandan las niñas; que no se te olvide.
NIÑA: Yo quería armar ese rompecabezas con mis papás, pero se tuvieron que ir a no sé dónde. *(Cede)*. Sí, aquí los que mandan son los doctores. *(Toma la medicina en cucharada)*. Señorita Angelina, ¿por qué no quieren que nadie me vea? Mis papás saben que puedo quedarme callada y quieta muchas horas, si me lo piden.
ANGELINA: *(Le da tres cápsulas)*. ¿Las masticas o quieres agua?
NIÑA: *(Las conserva en la mano)*. Las mastico mejor, de una por una. Ya me va gustando el sabor de las verdes, ¿se acuerda que antes me daban asco?
ANGELINA: ¿Quieres ver un rato la televisión? *(La enciende)*.
NIÑA: Mis papás me trajeron esta bolsita nueva y frascos de tinta roja para mis dibujos. Mire.
ANGELINA: Por lo menos te entretienes y yo descanso un poco. *(En la pantalla se ven rayas horizontales)*.

NIÑA: No se ve nada, ¿verdad? Así está desde ayer que una de mis muñecas se portó mal. Puras rayas y rayas. (*ANGELINA se a quedado absorta ante la pantalla*). Oiga, ¿también usted tiene problemas para vivir?

ANGELINA: (*Suspira profundo*). No, yo no tengo problemas. (*Va y apaga el aparato*). Toma la pijama y pónstela.

NIÑA: ¿Se siente tan encerrada como yo? Pero si acaba de llegar.

ANGELINA: La pijama, niña. (*Se la pone en las manos*).

NIÑA: Primero tengo que acostar a mi pajarito. (*Saca un mono de peluche de debajo de la cama*). Se llama “no-me-moleste-ahora”; usted ya lo conoce, lo puede saludar de mano si quiere. (*La otra se sienta en la cama, se quita un zapato, se frota un pie*). Señó: me está mirando con cara de teléfono.

ANGELINA: (*Sonríe forzada*). Precisamente, estaba pensando en que tengo que hacer una llamada.

NIÑA: ¿A su novio, señorita Angelina?

ANGELINA: Tengo que hablar con alguien o voy a explotar.

NIÑA: (*Susurra*). Pst, pst, alguien está detrás de la puerta, pero ni toca, ni entra.

ANGELINA: (*Se agacha*). No veo nada...

NIÑA: ¿Por qué no va a ver?

ANGELINA: (*Se levanta*). Sólo que sea mi amiga Marilí.

NIÑA: Alguien viene a veces y se para detrás de la puerta. Le gusta oír lo que otros dicen, ¿verdad?

ANGELINA: (*Llega a la puerta y sin abrir, habla hacia el exterior*). ¿Marilí? Qué bueno que viniste. ¿Cómo dices? Sí, hoy también me tocó. Con la misma niña. ¿Hablaste con Ernesto? (*Pausa*). Condenado, sabe que me guste y a eso se atiene. (*Ríe*). Ay, no Marilí. ¿Cómo se te ocurre? ¿Ella? Pero si siempre anda en su nube...

NIÑA: (*Se sube al columpio que pende casi sobre la cama*). ¿Ernesto es su novio, señorita?

ANGELINA: (*Desde la puerta*). Niña... no molestes ahora.

NIÑA: (*Se columpia*). Como mi pajarito de peluche: “no-molestes-ahora”. (*Pausa*). Una vez me llevaron en carro por la ciudad y vi llover en las calles. La lluvia forma un arroyo que corre por la orilla de la banqueta hasta la alcantarilla. Y mirando el agua me quedé pensando; si también yo me fuera por ahí. A lo mejor sería lo mejor. Para ya no molestar. Irme suavcito, dejándome resbalar por un túnel oscuro y largo.

ANGELINA: (*A la puerta*). ¿Todo ese tiempo con el jefe? Ay, Marilí. Te aprovechaste del Grand Marnier, como si te viera.

NIÑA: (*Se mece más rápido*). Señorita... Señorita...

ANGELINA: Marilí, déjame decirte. Fui con el doctor y resultó lo que temía. Dice que es seguro, así que tengo que pensar rápido.

NIÑA: *(Se mece más rápido)*. Señorita...

ANGELINA: *(Sin voltear)*. ¿Qué quieres, niña?

NIÑA: ¿Usted piensa que podría llegar hasta las nubes en este columpio?

ANGELINA: ¿Cómo le hago, Marilí?

NIÑA: Oiga. ¿Por qué no platica conmigo, mejor que con esa puerta?

ANGELINA: Marilí, espérame ¿sí? Esta niña, que no quiere dormirse. Pero no te vayas... *(ANGELINA, apoyada en la puerta observa cómo la niña se columpia frenéticamente)*.

NIÑA: ¿Qué me ve, señorita?

ANGELINA: Que me recuerdas al pajarito de las caricaturas, al que siempre lo persigue un gato negro. *(Pausa)*. Es suficiente. Bájate del columpio y a la cama.

NIÑA: *(Obedece)*. Afuera hay un gato negro. Nunca lo he visto, pero a media noche maúlla y maúlla.

ANGELINA: *(La acuesta)*. A dormir se ha dicho.

NIÑA: ¿Y si mejor inflamamos globos para mi fiesta?

ANGELINA: Falta mucho para tu cumpleaños.

NIÑA: Mejor. Si comenzamos ahora, tendremos muchos. *(La cubre con la cobija y se sienta a su lado)*. Oiga, señorita. ¿Por qué no es usted mamá?

ANGELINA: Tonta.

NIÑA: No me diga así.

ANGELINA: Pues deja de decir tonterías y cierra los ojos.

NIÑA: No puedo.

ANGELINA: Sí puedes. Cierra los ojos o te apago la luz.

NIÑA: Usted trae algo escondido, seño. Cuéntemelo, ¿sí?

ANGELINA: ¿Algo escondido? ¿De dónde sacaste esa idea?

NIÑA: Hoy se porta diferente conmigo. Me contesta cuando le hablo y hasta van dos veces que sonrío... ¿Por qué?

ANGELINA: Hay cosas que todavía no comprendes.

NIÑA: Pues yo ya sé como nacen los niños.

ANGELINA: ¿Ah, sí? ¿Y, cómo nacen?

NIÑA: Con la cara muy arrugada. ¿Ya lo sabía?

ANGELINA: Todos nacemos así; iguales.

NIÑA: Iguales, no. Unos nacemos más enojados que otros, como yo.

ANGELINA: ¿Tú te acuerdas cómo naciste?

NIÑA: Sobre todo de la última vez. ¿Qué tiene, seño?

ANGELINA: Nada. Sólo un dolor de cabeza.

NIÑA: *(Brinca sobre la cama)*. Una vez nací en Egipto. Vivíamos a la orilla del río Nilo; éramos muy pobres, pero andábamos muy contentos... Otra vez nací en un palacio; como el de la Bella Durmiente, ¿se sabe el cuento?

Pero la última vez no me gustó. Mi papá por poco choca cuando llevaba a mamá al sanatorio.

ANGELINA: ¿Y tú cómo sabes eso?

NIÑA: Me lo contaron.

ANGELINA: *(Busca en su bolso)*. Por aquí traía dos aspirinas.

NIÑA: Yo no quería nacer entonces, así que llegué con los ojos apretados y las manos así, bien cerradas.

ANGELINA: Eso también te lo contaron.

NIÑA: No; eso oí que platicaron mis papás con sus amigos. Que yo era una bebita muy linda, pero siempre con el ceño fruncido.

ANGELINA: Eso también se lo oíste decir a...

NIÑA: No. Eso me lo contó mi mamá una noche. Como se le habían acabado las pastillas, me contó un cuento para que me durmiera.

ANGELINA: Pues ahora, te vas a dormir aunque no quieras.

NIÑA: ¿A poco me va a dar otro valium para niños?

ANGELINA: La que necesita valium soy yo.

NIÑA: ¿Por qué no me cuenta lo que trae adentro? A lo mejor así me duermo más pronto.

ANGELINA: Cómo eres necia.

NIÑA: Eso sí.

ANGELINA: Bueno, lo que traigo es una molestia en el estómago. Y... un zumbido en el oído. Y... una punzada detrás de los ojos. Las quijadas trabadas y un nudo en la garganta. La sensación de que me puede pasar algo horrible y nadie me podrá ayudar.

NIÑA: Yo puedo ayudarla, señorita Angelina.

ANGELINA: ¿Tú tontita?

NIÑA: Le puedo regalar todas las pastillas de mi frasco. También son buenas para el miedo. *(Pausa)*. Pero lo que quiero es que me cuente el cuento de Ernesto.

ANGELINA: No.

NIÑA: Por favor.

ANGELINA: Si me prometes dormirte pronto.

NIÑA: *(Con la mano en el corazón)*. Lo prometo.

ANGELINA: Bueno... pues había una vez...

NIÑA: *(La interrumpe)*. No, así no comienza.

ANGELINA: Es cierto, así no. *(Pausa)*. Lo conocí en una fiesta.

NIÑA: *(Contenta)*. Así, sí. Señorita Angelina.

ANGELINA: Llegó a la fiesta repartiendo besos a todos, menos a mi amiga Marilí y a mí; que nos hizo un lado y se siguió de largo hasta la cocina. Pero lo volvía a encontrar horas después, cuando todos nos fuimos a ver amanecer en La Marquesa. Entre guitarras borrachas y tragos a pico de botella, de repente apareció junto a mí, asegurándome que recibir el sol desnudos, con aquel viento helado, era el mejor homenaje a la vida. *(Pausa)*. Lo seguí viendo después. Estudiaba en la universidad; pero ya estaba harto, según él. Me propuso que nos fuéramos lejos, a sembrar la tierra y a criar pollos. ¿Y tu carrera de medicina?, le dije... Total, que no tuvo el valor de hacerlo y ahora trabaja en el hospital.

NIÑA: Señor, ¿dónde le duele más?

ANGELINA: No sé si es el vientre o el pecho.

NIÑA: Será el diafragma, que dicen que está en medio.

ANGELINA: No, tontita. Son cosas de mujeres grandes.

NIÑA: He oído que una mujer ve las cosas de otro modo. Y también ya sé por qué... Las mujeres grandes tiran algodones por ahí, ¿verdad? Una vez vi uno. Es sangre, pensé; y me dieron muchas ganas de hacer pipí. ¿Es malo sangrar así?

ANGELINA: *(Después de sonarse la nariz)*. ¿Cómo? ¿Malo? ¡Bah! No sabes nada, tonta. A veces como ahora, si pudiera sangrar sería un alivio grandísimo.

NIÑA: Eso digo yo; no debe doler mucho. Igual que si contiene la respiración: se te aflojan las piernas; se destraban las quijadas. Y te vas, como un globo con gas, que se sale por la ventana, para llegar hasta las merinitas nubes, como tomar mucha medicina. Sólo hay que aprender a limpiar las manchitas rojas, ¿no?

ANGELINA: A tu edad todo se ve como un juego, pero ya verás. ¿Cuántos años tienes?

NIÑA: ¿Cuántos años? ¿En esta vida? ¿O sumando los años de las otras vidas que me acuerdo?

ANGELINA: No te hagas. Digo que tú también andarás por ahí, limpiando manchitas rojas.

NIÑA: ¿Es tan malo ser mujer?

ANGELINA: ¿Tú qué crees?

NIÑA: Sé que a las niñas nos miran con lástima, como si algo nos faltara. Pero el cuerpo es lo de menos, ¿a poco no? Por dentro somos iguales. ¿O qué, habrá seres de primera y seres de segunda como en el tren? ¿Por qué hay cuerpos que son admirados y otros no? Yo digo que alguien por ahí se está equivocando al hacer cuerpos, ¿eh? Como con eso de los príncipes azules.

ANGELINA: Al comienzo de todo, Ernesto me pareció un príncipe. Ahora lo veo como es. *(Busca cigarros en su bolso)*. Yo le decía: “se me está retrasando la

regla; tú, ¿qué piensas?” Y él sólo repetía: “¿otra vez? ¿otra vez?” El príncipe azul se desmoronaba suavemente, frente a mí; y quedaba por fin el verdadero Ernesto: confuso, temeroso, resentido, buscando las palabras menos feas para decir lo feo que estaba pensando. La máscara le quedó demasiado grande y lo vi allá atrás, pequeño y estúpido, tratando de sostener su apariencia de ganador. *(Pausa)*. ¿Y tú qué? ¿No te vas a dormir nunca, condenada?

NIÑA: Sí, señor. Ya voy. Pero dígame, ¿no es lo máximo tener un bebé?

ANGELINA: *(Le da una bofetada)*. ¿Ves como no entiendes? ¡Sólo a una retrasada mental se le ocurre decir eso!

NIÑA: *(Llorosa)*. ¡No soy una retrasada mental...!

ANGELINA: ¡Como si lo fueras! ¿O qué? ¿Estuviste alguna vez en un jardín de niños adornado con florecitas? ¿O en alguna escuela activa con periódico mural, clases de hawaiano y artes plásticas? ¿A poco te llevan al cine de vez en cuando? ¿O a fiestas de cumpleaños? ¿Te vas de vacaciones o de picnic? ¿Sabes nadar? ¿Andar en patines? ¿O correr en bicicleta? *(Ríe fuerte)*. ¡Nada de eso! ¡Te columpias aquí todo el día, con tu mono de peluche amarillo en los brazos; esperando que venga yo a ver que te pongas la pijama, tomes tus medicinas y te metas en la cama! *(Pausa)*. Bueno, si no quieres, no te duermas. Pero la luz se apaga porque ya son las nueve. *(Acciona el interruptor. Y en la penumbra sólo se ven siluetas)*.

NIÑA: *(Luego de un silencio)*. Ayer supe que en las fábricas de seda agarran los capullos con los gusanitos adentro y los meten en el agua. Para que se ahoguen. Así las crisálidas no destrozan el capullo y la seda no se rompe. Sacan seda más fina y la venden más cara; ahogando primero a los animalitos que la fabrican.

ANGELINA: *(Al borde de la histeria)*. ¡Duérmete!

NIÑA: ¡Es que no entiendo!

ANGELINA: ¡Ya entenderás un día! ¡Ya crecerás!

NIÑA: *(Se incorpora)*. ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Cuando sea grande va a ser peor! *(Patalea sin control)*.

ANGELINA: *(La sujeta de las piernas)*. ¡Quieta! ¡Quieta si no quieres que te inyecte! ¡Necesitas estarte quieta para que te haga efecto la medicina y te duermas! *(La NIÑA trata de soltarse de las tenazas que son las manos de ANGELINA sobre sus tobillos)*.

NIÑA: ¡No quiero! ¡No quiero quedarme quieta como tonta haciéndome la dormida! ¡Y con el montón de pastillas debajo de la almohada, porque no me las he tomado desde quién sabe cuándo!

(Escapa y salta de la cama, en efecto, por el cuarto se riegan muchas cápsulas de colores, como canicas).

ANGELINA: ¡Ahora tomarás doble dosis de medicina! ¡Triple dosis! ¡Te haré tragar cuantas pastillas se me antoje!

(La NIÑA corre a la puerta. Hace esfuerzos por abrir, pero es inútil. ANGELINA le dobla los brazos hacia atrás, e intenta arrastrarla de regreso a la cama).

NIÑA: ¡Mis papás! ¿Por qué no vienen mis papás? Ellos sólo dicen: “El doctor sabe más, hijita”, y se van. Pero ya me cansé de pastillas y de agujas.

ANGELINA: ¡Cállate y obedece! *(Siguen forcejeando).*

NIÑA: Quiere dormirme para irse por ahí, ¿verdad? Quiere sacarse lo que la tiene enferma. ¿Piensa que no me doy cuenta? ¡Su bebé...! *(ANGELINA le da un fuerte golpe en la cara. La NIÑA cae).* ¡Eso! ¡Quiere salir de aquí para correr, con el bultito bajo el brazo! Con su crisálida envuelta en trapos con manchas rojas; buscando una calle oscura, en la noche lluviosa, para tirar el bulto en el arrollo. Y que la corriente se lo lleve hasta la alcantarilla más cercana.

(ANGELINA logra arrastrarla hasta la cama, sobre la que se establece una lucha desesperada).

ANGELINA: ¡Te pondrás en calma! ¡Aunque no quieras!

NIÑA: ¡No quiero crecer! ¡No quiero saber más! ¡Si me duermo, mañana voy a despertar más grande, y no quiero! ¡No quiero que me salga sangre! ¡Suélteme!

(ANGELINA consigue inmovilizarla y colocarle una camisa de mangas muy largas, que se esfuerza por atarle a la espalda).

ANGELINA: ¡Con tus malditas crisis no vas a manipular a nadie!

NIÑA: ¡No me apriete! ¡No puedo respirar! ¡Me falta el aire! ¡Como cuando nací y unas manos enormes me hundieron en un mar de agua helada que me entró por la boca y la nariz! ¡Y todo me ardía por dentro y por fuera! ¡Suélteme! ¡Me ahogan! ¡Suélteme!

(ANGELINA consigue atar las mangas de la camisa a la espalda de la NIÑA, quien sobre la cama es presa de convulsiones. Luego de un silencio, la NIÑA sigue como en delirio).

Las manos me siguen empujando... El agua fría me quema la garganta... Todo está negro, como un túnel cerrado, como una alcantarilla sin fondo... *(Le viene un acceso de tos, que se prolonga y luego se apaga. Silencio).*

ANGELINA: No lo tomes a mal, tontita. Pero recuerda que el que llora, pierde. *(Luego se dirige a la puerta, y por la hendidura habla hacia el exterior).* ¿Marilí? ¿Todavía estás ahí, amiga? Gracias por esperarme, te dije que no tardaba.

(Pausa). ¿Ernesto quiere verme? Sí, claro. Me urge hablar con él. Por favorcito. Dile que tengo libre el resto de la noche. Que dónde nos vemos, ¿ok? Te espero...

(ANGELINA se queda un momento como incrustada sobre la puerta. Luego se le clava un fuerte dolor en el vientre que la obliga a doblarse hasta quedar de rodillas en el piso.

Afuera se oye el trino de un canario. Luego, el silencio otra vez.

Lentamente, ANGELINA se levanta y se acerca a la cama, donde la NIÑA ha quedado en estado de shock y se muestra absolutamente dócil. Le quita la camisa de fuerza, que dobla y guarda bajo la almohada. Le da varias pastillas que la NIÑA mastica mecánicamente. Luego la recuesta y tapa con la cobija.

ANGELINA contempla un momento lo que parece un sueño tranquilo. Mira a su alrededor, va y enciende una lámpara de pie, para crear otra área en el cuarto. Consulta detenidamente su reloj. Finalmente decide poner en orden el lugar. Recoge crayolas y algunas muñecas de trapo que va colocando sobre un juguetero que hay en la pared).

ANGELINA: A estas horas ya debería estar aquí la que me sustituye. *(Pausa)*. A menos que haya conseguido un permiso y yo tenga que suplirla el turno que sigue. Pero, ¿por qué no me avisan? *(Pausa)*. Ay, Ernesto. Si te hubieras atrevido. Si nos hubiéramos ido a Sinaloa a criar pollos o sembrar lo que fuera. *(Pausa)*. El aborto es lo de menos. No sería la primera ni la última. Pero quiero que tomes tu parte de responsabilidad en esto. ¿Cómo es que me pasan estas cosas a mí? *(Pega el oído a la puerta)*. Y Marilí que no viene. ¿Habrá localizado a Ernesto? Seguro que inventa cualquier pretexto para no verme. Pero esta vez no se zafará fácilmente. *(Grita por la hendidura)*. ¿Oíste, condenado Ernesto? No será tan sencillo librarte de mí; ni del mono que traigo cargando por tu culpa. *(En voz baja)*. Maldito. Miedoso. Ernesto... ¿A quién diablos le puedo echar la culpa de algo así? Porque, aunque Ernesto diga que soy una idiota descuidada, entre anticonceptivos y abortos se me va casi todo el sueldo. *(Da un manazo en la puerta)*. ¡Ya! ¡Mi turno se terminó! ¡Que venga mi reemplazo! *(Golpea hasta hacerse daño)*. Soy una pobre estúpida. Por un lado tiro mis propios bebés; y por el otro cuido niños ajenos. *(Silencio)*. No, no viene nadie. El corredor está desierto, vacío. *(Se oye el trino del canario)*. Y ese pájaro idiota, ¿a qué diablos le cantará? *(Deja de cantar)*. Siento que voy a volver el estómago. *(Va hacia la pared de enfrente. Se recarga de espaldas. Se desliza hasta llegar al piso)*. Pero si no he comido nada desde ayer. Todo

es repugnante. *(Mira una pildora y la levanta)*. Una cápsula verde y amarilla; son sólo vitaminas. Pero esta otra debe ser el tranquilizante que la tonta debería tomarse con el desayuno. *(Se la traga)*. Con el estómago vacío me hará efecto más pronto. Necesito dormir un rato, mientras me reemplazan. *(Camina a gatas por el piso)*. Esta tiene tiamina, me va a hacer bien. Esta debe ser Benerba, y un Melleril-25. *(Se las traga)*. Así, en seco. Si me viera Ernesto diría: “En todo se te nota lo principiante”.

NIÑA: *(Se sienta en la cama)*. Lo que no se me olvida es una recitación sobre los egipcios. ¿Quiere que se la diga?

ANGELINA: *(Se sujeta el estómago)*. ¿Ya está protestando? *(Encuentra otra pastilla)*. Esta amarilla es ácido glutámico, de algo me servirá. Con las pastillas me pasa como con los tragos. Después de la tercera o la quinta, ya no puedo parar. *(Le atacan temblores repentinos)*. ¡Qué frío hace! ¡Ay! Ojalá me duerma pronto... *(Se recuesta en el piso)*.

NIÑA: Hace rato oí cantar al pajarito en el pasillo, pero ya no se oye nada.

ANGELINA: *(Con voz grave)*. A lo mejor nuestro amigo el gato negro se comió a ese tonto canario por fin. *(Ríe)*.

NIÑA: Una vez sí estuve en un jardín de niños; ahí conocí a la Pipis, ¿no le conté? La Pipis era una niña que todavía no tenía ni seis años; pero la educadora no aguantaba que anduviera moviéndose todo el tiempo y la amarraba a su silla, que era muy pesada. Para que aprendiera a quedarse quieta. Decía que era, ¿cómo decía?, muy dispersa. ¿Eso también es malo en una niña?

ANGELINA: Si tuviera una teléfono... Necesito hablar con Ernesto; oír su voz, su respiración, su jadeo. Cómo me excitas, Ernesto. Con tus huesos anchos y tu... Me estremeces. Al pensar en tu olor, en tu sudor, en tu saliva. *(Tirada en el piso se frota el cuerpo con una muñeca de trapo)*.

NIÑA: Cuando la amarraban a la silla pesada, la Pipis se ponía cante y cante toda la mañana. Yo ni salía a recreo con tal de oír las canciones que inventaba.

ANGELINA: *(Gime)*. Oh, condenado Ernesto. No te me vayas todavía; espérate, espérate. Dame más de tu aliento en mi cuello, de tu lengua en mi boca, de tus rodillas en mis... *(Se le ve desfallecer)*.

NIÑA: Cuando ya iba a ser la hora de la salida, la educadora corría a desatar a la Pipis. Así, cuando venían por ella la encontraban jugando en el jardín como si nada.

ANGELINA: ¿Por qué tengo que arrastrar este cuerpo? Me resulta tan pesado a veces, que lo siento convertido en una trampa. *(Ríe)*. El cuerpo te juega bromas tan pesadas, como si tuviera su propio sentido del humor, y te resulta con cada sorpresa cuando menos lo esperas.

NIÑA: Cuando venían por la Pipis, ella ponía carita triste y dejaba de cantar. Yo creo que prefería estar amarrada a que la llevaran de regreso a su casa... ¿Usted qué cree, señorita Angelina?

ANGELINA: Yo creo que, entre los quirófanos y la sala de recuperación, Ernesto se está tomando unos tragos a escondidas. *(Sufre un espasmo. Se atraganta)*. ¡Marilí! ¡Ven a decirme qué horas son! *(Otra convulsión la dobla)*. A las doce acaba mi turno. ¿O estamos empezando? La paciente ya cerró los ojos. *(Se pone de pie)*. Reportando, todo normal. Ay, no siento mi cabeza. *(Se va contra la pared y se golpea la cabeza)*. Para que el dolor me suba a la cabeza necesito golpear más fuerte. *(Se golpea)*.

NIÑA: *(Se acerca)*. ¿También usted se quiere morir?

ANGELINA: *(Golpea su cabeza contra la pared)*. ¡Fuerte, más fuerte! ¡Fuerte, más fuerte!

NIÑA: Ya no, señorita. Le está saliendo sangre.

ANGELINA: Ojalá fuera sangre, niña; pero sólo es tinta roja. ¡Ojalá pudiera sangrar por todo el cuerpo! *(Se golpea)*. ¡Fuerte, más fuerte! *(Un hilo rojo baja por su frente. ANGELINA se mira la mano manchada y se embarra el interior de los muslos)*. ¡El rojo es brillante! ¡El rojo es caliente! ¡Y el calor es amor! ¡La sangre es amor...! *(Embarra la pared. Sus dedos marcan rayas rojas sobre lo blanco)*.

NIÑA: Señorita. Está manchando mi cuarto...

ANGELINA: ¡Maldito blanco! ¡Estúpido blanco! ¡Que el rojo rebane las paredes y lo invada todo! ¡Ah, nunca el dolor me hizo tanto bien! ¡El furor de lo rojo se adueña de mí por entero! *(Corre por la habitación)*. ¡Soy roja! ¡Soy sangre!

NIÑA: *(En un rincón)*. Ya, señorita. Me da miedo.

ANGELINA: ¡Que no venga Ernesto! ¡Que no venga si no quiere! ¡Tampoco importa si Marilí no está detrás de la puerta! ¡Siempre estaré sola! *(Con mirada demente. A la NIÑA)*. ¡Fíjate bien! ¡Porque lo mismo va a pasar contigo! *(Un grito agudo)*. ¡No...! ¡Yo no...!

ANGELINA: ¡Prisionera de tu cuerpo! ¡Prisionera de tus subidas y bajadas de sangre!

NIÑA: ¡Eso no tiene que pasarme a mí! ¡Yo puedo escaparme si quiero!

ANGELINA: *(Ríe enloquecida)*. ¡No tienes escapatoria! Estés donde estés, algún hombre se te va subir encima y te va a dejar enferma, de una enfermedad que sólo se cura sangrando... ¡sangrando! *(Su rostro desfigurado, manchado como su ropa)*. ¡Dejemos que brote, que fluya la sangre! ¡Ríos de sangre! ¡Manantiales de sangre! ¡Bienvenidos sean! ¡Que todo el cuarto se inunde de sangre y nos ahogue en su remolino!

(ANGELINA de vueltas, salpica todo. Se va sobre la NIÑA que la rechaza con terror. ANGELINA trastabillea. Se golpea fuerte contra el filo de la cama. Rueda por el suelo y queda inmóvil. Una pausa larga. La NIÑA se acerca temerosa).

NIÑA: ¿Está bien...? *(Silencio)*. No se vaya a morir aquí. No se muera, señorita. Yo la quiero. Pero usted, parece que se le olvidó mi nombre y sólo me dice: tonta, tonta. *(Mira alrededor)*. ¿Será sangre de veras o nada más tinta? Cómo voy a limpiar tantas manchitas rojas: cuánto algodón voy a necesitar. Yo no quiero seguir aquí. Quiero salir. *(Una pausa larga. Toma un plumón rojo del piso)*. Si dibujo en la pared una ventana. *(Lo hace)*. Lo bastante grande para que pueda salir por ahí. Así, redonda de arriba, con sus barrotes y un gran pasador. Eso es. Qué bien me salió mi dibujo de una ventana, ¿verdad señorita?

ANGELINA: *(Abre los ojos mecánicos, desorbitados)*. No podrás... No podrás...

NIÑA: ¿Por qué no? Ya tengo una ventana. Sólo hay que correr el pasador, y en cuanto abra, podré salir a ver las nubes que tanto me gustan.

ANGELINA: No podrás, niña tonta... No podrás.

NIÑA: *(Después de tratar)*. ¿Por qué? ¿Por qué no puedo? Si el pasador está ahí, bien dibujado y clarito. *(Pausa)*. ¡Seño... la puerta! Usted cree que estoy tan mal que no me doy cuenta, pero la puerta sí es real, yo no la inventé. Ahí ha estado siempre, ¿o no? *(Corre a la puerta)*.

ANGELINA: No verás ni el pasillo, ni el canario, ni la calle... Esa puerta no se abre.

NIÑA: *(Forcejea inútilmente con la perilla. Luego se detiene y busca con la mirada por el cuarto)*. ¡La bolsa! ¿Dónde está la bolsa?

ANGELINA: *(Con sarcasmo)*. ¿La bolsita que dices que te regalaron, cuando dices que vinieron, los que dices que son tus papás?

NIÑA: ¡No! ¡La suya! ¿Dónde dejó su bolsa?

(Busca frenéticamente en el desorden. Arroja muñecas por todos lados, saca la bolsa de debajo de la cama).

¡La encontré! ¡Señorita, aquí está su bolsa!

ANGELINA: Y afuera están los gatos negros, que comen pajaritos amarillos, cuando se atreven a salir de la jaula.

NIÑA: *(Busca dentro de la bolsa)*. Yo o soy un pajarito. No me va a confundir más.

ANGELINA: Ese corredor no tiene luz. Es negro como una alcantarilla y puede arrastrarte hasta lo más profundo del drenaje.

NIÑA: Puede ser, señorita. *(Saca un llavero y se lo muestra)*. Pero voy a ver por mí misma. ¿No cree usted que eso debo hacer?

ANGELINA: Mi trabajo es cuidar que no salgas; y el tuyo, quedarte aquí. Hasta que sea tiempo de pasar a otra sala.

NIÑA: *(Va a la puerta)*. Ya no voy a estar aquí. Quiero ver el cielo y sus nubes cuando pasan. Quiero ver las calles; la gente que cruza y se detiene en las esquinas. *(Da vuelta a la llave y la puerta se abre)*.

ANGELINA: *(Canturrea ausente)*. "...sin involucrarme con ninguno, que no hay nada personal, el trabajo social es mi meta, ayudar a los niños es mi ideal..."

NIÑA: *(Desde la puerta)*. Le dejo sus llaves en la bolsa de piel, tan suavcita y que combina tan bien con sus zapatos...

ANGELINA: *(Canturrea)*. "...como trabajadora social, soy la mejor del hospital..."

NIÑA: Este... ¿le dejo la puerta abierta? ¿O quiere que cierre al salir?
(ANGELINA canturrea entre dientes. La NIÑA sale y deja la puerta abierta. La puerta no da al exterior, sino a un baño, del cual vemos lavabo y espejo. La NIÑA se lava las manos y brazos aún manchados de rojo. Luego se pone una bata blanquísima que cuelga junto al espejo. Se recoge el cabello sobre la cabeza. En su aspecto y expresión se produce un cambio muy notorio. Lentamente regresa al cuarto donde ANGELINA, sentada en el suelo, sigue canturreando en voz baja. La otra cierra la puerta tras de sí, dando un golpe fuerte. Con el ruido, ANGELINA se estremece y voltea a ver quién acaba de llegar).

ANGELINA: Marilí...

NIÑA: ¿Qué pasó, Angelina? Mira nada más como te has puesto. Y cómo tienes el cuarto. Es una vergüenza.

ANGELINA: *(Profundamente apenada)*. Es que, creí que ya no ibas a venir, Marilí. Me desesperé, te estabas tardando tanto...

OSCURO FINAL

